

No hay nada aburrido en el ardiente amor de Dios por nosotros. Al hablar del fuego y el bautismo en el Evangelio de este domingo, Jesús revela su vibrante y abundante deseo de dar su vida por nosotros.

Los cristianos debemos seguir su ejemplo: “¡Oh Jesús ..., fortalece nuestras almas, allana el camino y, sobre todo, embriáganos de Amor!: haznos así hogueras vivas, que enciendan la tierra con el divino fuego que Tú trajiste” (San Josemaría Escrivá, *Forja*, 31).

¿Por qué, a pesar del amor incondicional de Dios por nosotros, a veces nuestra vida espiritual puede sentirse tan seca, nuestra oración tan dispersa y Dios tan lejano?

San Ignacio de Loyola escribe: Hay tres causas principales por las que nos encontramos desolados: “La primera es por ser tibios, perezosos o negligentes en nuestros ejercicios espirituales, y así, por nuestras faltas, se aleja la consolación espiritual de nosotros. La segunda, por probarnos para cuánto somos, y en cuánto nos alargamos en su servicio y alabanza, sin tanto estipendio de consolaciones y crecidas gracias. La tercera, por darnos vera noticia y conocimiento para que internamente sintamos que no es de nosotros traer o tener devoción crecida, amor intenso, lágrimas ni otra alguna consolación espiritual, más que todo es don y gracia de Dios nuestro Señor ...” (*Ejercicios Espirituales*, 322).

En definitiva, “o tú y yo somos más importantes que Dios o Dios es más importante que nosotros. La respuesta es obvia, ¿verdad que sí? Dios es más importante que nosotros. Además, si lo que Dios quiere y hace es más importante que lo que nosotros queremos y hacemos, entonces tendríamos que centrar la mayor parte de nuestra atención en lo que Dios es y hace. De nuevo, lo que Dios hace y nos dice es para nosotros más importante que cualquier otra cosa que podamos tener que decirle. Y Dios quiere hablarnos y comunicarse con nosotros” (Armand Nigro, S.J., *La Oracion – Una Respuesta Personal a la Presencia de Dios*, p1).

Escuchamos a Dios hablarnos y comunicarse con nosotros especialmente en la oración. De hecho, a cada uno de nosotros se nos ha encomendado un noble trabajo: La de la oración y el amor. Orar y amar, esa es la felicidad del hombre en la tierra (San Juan María Vianney).

Padre Frei